

talento, materia de la envidia de un sacerdote que solo tenia el infame mérito de enredar. Uni6se 6ste con otro sugeto a6n mas perverso llamado M6ximo, fil6sofo 6nico, uno de los mas dignos de esta malvada profesion, aunque cristiano. Mas lo que aqui causa mayor admiracion es, que por el artificio de estos dos hombres despreciables, 6 por la sencillez que tienen muchas veces los Santos aun de mas claro talento, el caritativo doctor, interpret6ndolo todo de buena f6, vino 6 ser el panegirista de las ridiculeces de M6ximo. Gregorio decia: «el pr6ctica nuestra filosofa bajo de un h6bito raro, 6 mas bien figurativo, cuya blancura nos pinta la pureza de su alma. No tiene de 6nico sino la propiedad de ladrar contra el vicio, acariciar la virtud y velar en guarda de los fieles (1).» Asi se aplicaban los 6nicos las varias propiedades del animal, cuyo nombre tomaron (a).

Sin embargo, el p6rfido protegido nada menos proyectaba que quitar 6 su protector y hacerse patriarca en su puesto. Con sus manejos consigui6 M6ximo interesar 6 su favor 6 Pedro de Alejandr6a, sucesor de San Atanasio, y elegido por 6l mismo, del cual parecia por otra parte que debia esperarse muy otra conducta; pues habia aprobado al principio la mision de Gregorio y le habia dado sus cartas para establecerle en la silla de Constantinopla. Con todo, no pudo M6ximo ganar entre los ciudadanos sino 6 alguna parte del pueblo bajo, y especialmente marineros, en medio de los cuales fu6 ordenado tumultuosamente por unos obispos enviados de Egipto. Le cortaron entonces sus largos cabellos, que habia conservado hasta aquel momento, y de este modo pas6 sin intervalo alguno, y con grande esc6ndalo del p6blico, del esta-

(1) Oral. 23.

(a) La palabra 6nico significa perruno.

do de 6nico al de obispo. El Sumo Pontifice, 6 quien los obispos vecinos informaron de todo lo ocurrido, reprendi6 fuertemente 6 los egipcios por haber ordenado un sugeto que en solo su exterior llevaba ya las pruebas de su indignidad. «Sus largos cabellos, dice el Pontifice, eran claramente contrarios 6 la prohibicion de San Pablo, y con su h6bito id6latra lejos de ser encumbrado al episcopado, ni aun debia tenerse por cristiano.» Indign6 igualmente 6 la mayor6a del pueblo y clero de la ciudad imperial el atentado de M6ximo, el cual cargado con la maldicion p6blica fu6 echado de Constantinopla.

Estas turbulencias causaron el mas vivo dolor 6 Gregorio, y resuelto 6 dejar el puesto que nunca habia tenido alicientes para 6l, reuni6 6 su pueblo para despedirse. Sin querer escuchar cosa alguna de las que 6l se esforzaba 6 decir, toda la asamblea grit6 consternada luego que oy6 la primera proposicion. Di6ronle un6nimente el titulo de obispo de Constantinopla, para fijarle con un v6nculo s6lido, y ba6ados en l6grimas le pidieron que se uniese 6 unos hijos que le reverenciaban siempre como 6 su digno padre. Muy distante estaba el Santo 6 aprobar sus deseos, persuadido por otra parte de que no podia aceptar esta dignidad sin ser establecido en ella can6nicamente por una asamblea de obispos. Lo 6nico que pudieron lograr fu6 que se quedaria con ellos hasta que se tomasen las medidas necesarias para la seguridad de la f6 y la paz en su iglesia. Este fu6 el primer cuidado del emperador Teodosio cuando pas6 6 Constantinopla 6 fines del a6o 380. Inmediatamente mand6 intimar al obispo arriano Dem6filo, que si queria conservar tranquilamente su silla abrazase la f6 de Nicea; y neg6ndose 6 ello este pastor herege, se le quitaron las iglesias. Asi, pues, al tercer dia de entrar Teodosio en Constantinopla,

los arrianos fueron echados, en todo el 6mbito de la ciudad, de los lugares santos que habian poseido cuarenta a6os, 6 saber, desde la usurpacion de Eusebio de Nicomedia contra el santo obispo Pablo.

Por el contrario, Teodosio concedi6 grandes honores al obispo Gregorio, y quiso instalarle 6l mismo en la iglesia mayor; los ciudadanos lo aplaudian con grandes aclamaciones, y decian que para poner el colmo 6 la felicidad p6blica era necesario conferir 6 Gregorio la dignidad de patriarca. Los magistrados mostraban los mismos deseos, y las mugeres, olvidando su natural timidez, escedian 6 los hombres en la viveza de sus voces y demostraciones. El humilde Gregorio, tan consternado que no tenia fuerza para hablar, con el fin de evitar indirectamente el golpe, les manifest6 que no era este el instante de arreglar los asuntos, sino que en tan feliz mudanza solo debian ocuparse en acciones de gracias al Alt6simo. Su grande delicadeza, 6 mas bien su aversion 6 las dignidades, le hacia mirar la aceptacion del patriarcado como poco regular, 6 consecuencia del c6non que vedaba 6 un obispo vacante ocupar una iglesia vacante sin la sancion de un Concilio leg6timo. Por fin, mostr6 tanto sentimiento, que se temi6 violentarle, y no le dieron aquel dia la posesion.

Dej6se persuadir despues, que en el caso extraordinario en que se encontraba, la utilidad de la Iglesia debia prevalecer sobre las formalidades y mucho mas sobre la ordenacion irregular de M6ximo. P6sole el emperador en posesion de la casa episcopal y de las rentas de aquella silla, que pasaba por muy rica; pero como el gobierno arriano habia sido un latrocinio, el santo obispo encontr6 todas las cosas en el estado mas lamentable. Aconsej6ronle al principio que procediese al recobro con exactas investigaciones; pero otro cui-

dado le pareci6 mucho mas urgente. Los arrianos, aunque tan despreciables 6 los ojos del emperador, no dejaban de conservar en el Estado una parte de su antigua estimacion. Adem6s, los macedonios eran en gran n6mero en la ciudad imperial, y aun los novacianos y apolinaristas tenian tambien sus iglesias. Dej6se persuadir Teodosio por su s6bio pastor, de que importaba ante todo buscar un remedio 6 tan grandes males, y el mejor que se ocurri6 fu6 celebrar un Concilio de todos los obispos de Oriente. No fueron llamados 6 el los occidentales, asi porque las heregias de que se trataba estaban poco acreditadas entre ellos, como porque no eran s6bditos de Teodosio, por cuyos cuidados se celebr6 este Concilio.

Pretenden algunos s6bios que el Sumo Pontifice fu6 el primer m6vil de la convocacion, y fundan su sentir en una Epistola de los Padres de Constantinopla al Papa San D6maso, en que le dicen que en virtud de la que en el a6o anterior habia dirigido al emperador, se habian reunido en la capital del imperio de Oriente; pero estos escritos no atendieron al pasaje decisivo donde Teodoro dice espresamente que estas epistolas de los orientales no fueron escritas 6 D6maso sino despues del Concilio de Aquileya, que sin duda alguna precedi6 al Concilio de Constantinopla (1). Ellas eran concernientes directamente 6 la segunda asamblea que se tuvo, poco despues de la primera, en la misma ciudad de Constantinopla, y que ratific6 cuanto all6 se habia hecho, lo cual pudo haber contribuido 6 que en lo sucesivo se la mirase como un Concilio ecum6nico, sin que el Papa hubiese influido mas particularmente en su convocacion. Mas sea de ello lo que fuere, este Concilio se reuni6 por el mes de marzo del a6o 381. Hub6 en 6l 150 obispos orto-

(1) Theod. hist. lib. 5, cap. 9.

doxos, entre los cuales los mas conocidos son San Melecio, de Antioquia; Heladio, de la gran silla de Cesarea, en la que habia sucedido á San Basilio; los dos hermanos del mismo Santo, Gregorio, de Nisa, y Pedro, de Sebaste, venerados tambien por la Iglesia; San Anfiloquio, de Iconio, y San Cirilo, de Jerusalen. Algun tiempo despues que los que acabamos de mencionar llegaron los obispos del Egipto y de Macedonia. Quiso tambien Teodosio se admitiese á los obispos de la secta de Macedonio, con la esperanza de reunirlos irrevocablemente á la Iglesia, y hubo treinta y seis de ellos de las sedes vecinas, la mayor parte del Helesponto. Se podia presumir favorablemente de su fé desde la famosa diputacion de Eustacio de Sebaste á la Iglesia romana, y recientemente habian comunicado con los católicos sin condicion ni restriccion alguna. A pesar de estos antecedentes favorables, muy pronto hicieron dudar del que nunca hubiesen procedido con una rectitud religiosa, ó por lo menos general, pues de improviso se les oyó declarar escandalosamente que mejor admitirian el puro arrianismo que la doctrina de la consubstancialidad: despues de lo cual se retiraron bruscamente del Concilio declamando por do quiera contra la fé de Nicea. Despues de este arrebato de los macedonianos ó semiarrianos, que antes eran tolerados en muchas partes, fueron anatematizados por el Concilio y tratados generalmente como hereges notorios. Todo esto acaeció en el principio de la asamblea.

Presidiala entonces San Melecio, patriarca de Antioquia, á quien el emperador dió grandes testimonios de estimacion y benevolencia. Siendo aun Teodosio general de Graciano, habia creído ver en sueños á un viejo venerable que le revestia con el manto imperial (1). Y efectivamente, poco des-

(1) Theod. lib. 5, c. 6 y 7.

pues llegó al imperio. Cuando le saludaron los Padres del Concilio hizo en el grande impresion el magestuoso continente del obispo de Antioquia que iba delante de todos: mirándole despues con cuidado, reconoció al viejo misterioso que se le habia aparecido, y cuya imagen le habia quedado profundamente impresa en su espíritu: corrió hácia él, abrazóle muchas veces y quiso besar con especialidad la mano que habia visto en sueños presentarle la corona, y despues refirió en público la vision que habia tenido. Pidióle al mismo tiempo como á los demas Padres que buscasse medios eficaces para pacificar la Iglesia, ofreciéndoles apoyarlos con toda su autoridad.

Principiaron por los negocios particulares de Constantinopla. Fué examinada la ordenacion de Máximo y declarada nula; y tambien se declaró nulo cuanto se habia hecho por él ó á favor suyo. Era una consecuencia natural la institucion ó confirmacion de San Gregorio Nacianzeno en este puesto, y el príncipe, que siempre que hablaba de él era admirando su virtud y su elocuencia, mostró el mayor ardor en este negocio; pero el Santo no aspiraba mas que al retiro, y así lo resistió con todas sus fuerzas, pidiendo con muchas lágrimas al emperador y á los Padres que nombrasen otro sugeto menos indigno. Pero cuanto mas él se rebajaba, tanto mas apreciadas eran sus virtudes que tenian en la humildad una base tan sólida. Tanto le estrecharon, que por fin se rindió, esperando hallar con el titulo de Patriarca mas facilidad para la reunion de las iglesias, y en especial para terminar, de acuerdo con San Melecio, el largo cisma de Antioquia. Fué instalado pues solemnemente en la cátedra de la ciudad imperial por todo el Concilio, á ruegos del emperador y del pueblo.

Este fué el último acto de San Melecio; pues murió inmediatamente despues, vene-

rado y amado de todos ó casi todos los partidos en que estaba dividida la iglesia de Antioquia. Su dulzura, que resplandecia admirablemente entre todas sus demas virtudes, hacia tanta impresion en los ánimos que nadie podia resistirse. Veinte años habia sido patriarca de Oriente, y perseguido muchas veces por la fé, conservando siempre en todas las ocasiones una tranquilidad de alma inalterable. Su muerte fué parecida á su vida; pues murió exhortando á los fieles á la caridad y á la concordia. Inmediatamente fué venerado por la devocion del pueblo que aplicaba á su rostro trozos de lienzo para guardarlos como preciosas reliquias. Todos los Padres que tenian alguna nombradía de elocuencia hicieron su elogio. Lo aventajado de sus virtudes hizo fuese contado en el número de los Santos por los mismos occidentales, á pesar de las circunstancias criticas de su pontificado, opuesto á las pretensiones de Paulino, por quien se habia declarado la Iglesia romana (1).

Despues de la muerte de San Melecio, presidió la continuacion del Concilio el nuevo obispo de Constantinopla, Gregorio Nacianzeno, y creyó que el cisma de Antioquia se habria terminado para siempre con esta muerte, y que era suficiente proponer á los dos partidos ortodoxos de aquella iglesia que se juntaran bajo la obediencia del patriarca Paulino; pero los jóvenes obispos se opusieron á este sábio dictámen, y aun lograron ganar á los ancianos, sin tener otra cosa alguna que alegar contra las peticiones de los occidentales que sostenian á Paulino, sino que el Oriente debia prevalecer, porque en él habia vivido el Verbo hecho carne. Gregorio les representó que Paulino estaba muy avanzado en edad, y que dejándole solo en la silla patriarcal, su muerte iba pronto á acabar con el escanda-

lo del cisma y á restablecerlos en todos sus derechos. Estas razones fueron oídas de muchos obispos, como suelen serlo por los preocupados que nada sólido tienen que con- testar. Redujéronle al silencio de un modo tan imperioso y sensible, que principió á retirarse de las asambleas donde su celo era inútil. En fin, pensó de nuevo en dejar la silla de Constantinopla que habia admitido solo para procurar una concordia que ya no le parecia posible.

Eligióse sin embargo una persona estimable y digna, de aquel puesto eminente, si hubiera ascendido á él de otra manera, y si no hubiera reconocido él mismo la necesidad de rehusarla, como poco antes se habia empeñado á hacerla por el bien de la paz. Era este Flaviano, sacerdote de Antioquia, á quien hemos visto sostener con tanto valor esta iglesia durante los destierros de San Melecio. Pero Gregorio Nacianzeno veía perpetuarse el cisma por esta eleccion, y nunca pudo resolverse á aprobarla y mucho menos á ordenar á Flaviano como le pedian. Un nuevo incidente sobrevino en tan molestas circunstancias, que acabó de determinarle á hacer su dimision. Se llamó á los obispos de Egipto y Macedonia, que aun no eran reputados como de la iglesia de Oriente, pero cuya asistencia se juzgó necesaria entonces. Veíase al frente de los egipcios á Timoteo, patriarca de Alejandria, que sucedió á su hermano Pedro, muerto poco antes; y como Pedro habia favorecido á Máximo el cínico contra Gregorio Nacianzeno, su hermano tenia las mismas disposiciones. Los obispos de Egipto y los de Macedonia, que adoptaron los sentimientos de los egipcios, se quejaron de que no se habian observado los cánones, haciendo obispo de Constantinopla á uno que lo era de otra diócesis. La queja no tenia mas que una falsa apariencia de regularidad, y el docto Gregorio no carecia

(1) Martirol. Rom. 12 Febr.

de sólidas razones con que contestarla. No era obispo de Nacianzo, donde no había hecho mas que aliviar la ancianidad de su padre en las funciones episcopales: nunca había poseído pacíficamente el obispado de Sácimo, y no ocupaba ya esta silla cuando pasó á Constantinopla á socorrer esta iglesia, abandonada y reducida á tal punto de desolacion, que de ninguna manera podía lisonjear la ambicion. Además de que este título, que había rehusado por tan largo tiempo y de un modo tan edificante, se le habían obligado á aceptar el soberano, el pueblo, y aun el Concilio de todo el Oriente, que tenía derecho de explicar y aplicar los cánones, y aun de dispensar en ellos en caso de necesidad; mas como había poca union entre los obispos que acababan de llegar al Concilio y los propiamente orientales, transformó la preocupacion unas insignificantes dificultades en objeciones insolubles.

Poseía Gregorio el afecto general de los dos partidos, de modo que aun los últimos obispos que llegaron le protestaban secretamente, que si se quejaban, mas era por sostenerse contra unos émulos osados, que por subrogarle en efecto un nuevo pastor; pero Gregorio suspiraba mucho por su libertad para perder tan bella ocasion de recuperarla. Despues de muchas ausencias, compareció de nuevo en medio de los Padres congregados, y les protestó que nada ansiaba tanto como el contribuir á la reunion de los ánimos; y aludiendo á la historia del Profeta Jonas, añadió: «si soy para vosotros ocasion de disturbio, echadme al mar para calmar la tempestad, aunque yo no la haya movido;» y al momento se presentó al emperador y le dijo: «Señor, vengo á pedir os una gracia mucho mas apreciable á mi ver que todo cuanto pide la ambicion. Vos sois testigo de que á pesar mio me hicieron vuestro obispo; permitid á Gregorio el que ceda á la envidia, y restituidle

un reposo tan conveniente á su insuficiencia, como á su edad y á sus enfermedades. Lo que me interesa es que elijan un sucesor capaz de defender y honrar la Religion.

Si Teodosio accedió difícilmente á su peticion, el pueblo y todas las personas honradas quedaron sin consuelo al ver que se accedia á la súplica del santo Patriarca, y se retiraron tristemente silenciosos para evitar el dolor de ver consumir su desgracia. Vióse el Santo precisado á hacer el papel de consolador. Con este fin hizo en presencia de los Padres del Concilio aquella famosa despedida, conservada como uno de los mejores monumentos de elocuencia en este género (1). En este discurso dió cuenta de su administracion y de su doctrina, y para contribuir en lo posible á la union de los ánimos, manifestó que era indiferente decir una ó tres hipóstases, con tal que se determinara claramente el sentido de esta palabra.

Despues de la dimision del santo Patriarca, tratóse de darle un sucesor. Para esto se eligió al pretor Nectario, viejo venerable por su buena presencia y su distinguido nacimiento, y amado de todos por su buen natural, su popularidad y gran dulzura; mas lejos de hallarse dispuesto para el episcopado, aun no había recibido el bautismo. Hé aquí cómo sucedió esta promocion singular. Siendo Nectario natural de Cilicia, veía muchas veces á Diodoro, metropolitano de aquella provincia; y meditando este prelado acerca de los varios sugetos que podían convenir para la silla vacante de la ciudad imperial, pensó de pronto que Nectario la ocuparía con dignidad. Comunicó su idea á Flaviano, que ya era obispo de Antioquia, el cual no dió otra respuesta que echarse á reír. Pero cuando Flaviano se vió solo, la singularidad misma

(1) Orati. 22.

de esta idea le detuvo muchas veces y al fin hizo impresion en su ánimo (1).

En este intermedio mandó el emperador decir á los prelados que propusiesen por escrito los sugetos que juzgasen dignos de la silla de Constantinopla, reservándose el la eleccion de entre los que le propusieran. Hizo cada uno su lista; y al hacer la suya el patriarca de Antioquia le ocurrió de nuevo la idea de Diodoro de Tarso, y puso el nombre de Nectario en lo último de la lista. Apenas la abrió el emperador le sorprendió este nombre; recorrió varias veces todas las otras listas teniendo siempre el dedo sobre él, y volviendo por último á Nectario, le eligió. Todos se sorprendieron, y muchos obispos representaron que no estaba bautizado; pero el emperador persistió en su eleccion, y el pueblo pedía tambien á Nectario. Tomóse como una muestra de la voluntad del cielo el conjunto de todas estas particularidades; y Nectario fué al punto bautizado, y vistiendo aun el hábito blanco de los neófitos, fué declarado unánimemente obispo de Constantinopla por todos los Padres del Concilio, sin exceptuar á San Gregorio Nacianzeno que concurrió á la eleccion, despues de lo cual envió Teodosio á pedir al Sumo Pontífice sus cartas formadas y confirmativas.

El Concilio que primeramente había sido presidido por San Melecio, luego por San Gregorio Nacianzeno, y despues de su dimision por Timoteo de Alejandria, lo fué al fin por Nectario: lo cual hace presumir que hubo un considerable número de sesiones, pero no sabemos el estado y la serie de ellas, ni podemos señalar fijamente el tiempo en que se formaron los decretos dogmáticos y los cánones de disciplina.

Respecto á la fé, declararon que el símbolo de Nicea sería siempre la regla; pero

(1) Theodor. Hist. lib. 8, cap. 8.

como despues de este Concilio ecuménico contado por el primero, por no entrar en el orden comun el de los Apóstoles en Jerusalem, se habían suscitado nuevas heregias acerca de la tercera Persona de la Trinidad, y de la Encarnacion de la segunda, se formó un nuevo símbolo explicativo del primero, y este es el que hoy día se canta en la liturgia de la Misa. Los apolinaristas que se habían hecho muy célebres, como ya hemos visto, sostenían obstinadamente que Jesucristo no tenía naturaleza humana, ó á lo menos que no la tenía entera: que no tenía entendimiento humano sino solo la carne, ó como ellos lo explicaban, el cuerpo y alma sensitiva, y que la divinidad servía de entendimiento. Acerca de la carne del Salvador erraban tambien, diciendo que su cuerpo había bajado del cielo, y por consiguiente que era de otra naturaleza que los nuestros, y que se había aniquilado ó disuelto despues de su resurreccion; de modo que, segun su error, Jesus había sido hombre mas bien en apariencia que en realidad. Estos errores de Apolinar fueron al principio condenados con reserva, es decir, que al censurar sus extravíos no se hacia mencion de su persona; porque los mas distinguidos doctores de Oriente estaban preocupados de una grande estimacion hacia él. Pero últimamente, habiendo causado tanto escándalo, que ya no había medio de conservarle su honor, se le condenó tambien con su nombre en un Concilio celebrado en Roma cuatro años antes del de Constantinopla. Mas los orientales creyeron que se debía marcar con una infamia particular la nueva heregia en las provincias donde mas se propagaba. Esto fué lo que movió á los Padres de Constantinopla á hacer una adicion al símbolo de Nicea.

Este símbolo, al hablar de la Encarnacion del Hijo de Dios, se limitaba á decir: descendió de los cielos, se encarnó ó hizo